

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 53 - MARZO 1996

Director

Asdrúbal de la Torre

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Jorge Mantilla Jarrín

Edgar Jaramillo

Nelson Dávila

**Consejo de Administración de
CIESPAL**

Presidente, Tiberio Jurado, Rector de la
Universidad Central del Ecuador.

Roberto Passailague,

Ministro de Educación.

Byron Morejón,

Min. Relaciones Exteriores.

Héctor Espín, UNP.

Fausto Moscoso, UNESCO.

Louis Hanna Musse, AER.

León Roldós, Universidad Estatal de
Guayaquil.

Edgar Jaramillo S.,

FENAPE.

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Portada

Marcelo Aguirre

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL.

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Telf. 506 149 544-624. Telex: 22474

CIESPAL ED. Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec.

Registro M.I.T., S.P.I.027

Los artículos firmados no expresan
necesariamente la opinión de CIESPAL o
de la redacción de la revista. Se permite su
reproducción, siempre y cuando se cite la
fuente y se envíen dos ejemplares a

Chasqui

Más de 450 **Radioapasionados y televisionarios** del mundo se reunieron en Quito, en noviembre pasado, para participar en el Festival homónimo e inédito que el Grupo de los Ocho, con el apoyo de 13 organismos internacionales, organizó con el propósito de abrir un espacio para la reflexión, el intercambio de experiencias y la formulación de estrategias que le permitan a la comunicación audiovisual democrática enfrentar de mejor manera la avasallante "aldea global" que vivimos. En el módulo respectivo, esta edición presenta algunos documentos que sirvieron de base teórica para este encuentro, artículos que algunos de los participantes quieren socializar y otros textos que alimentan el debate en torno al sugerente y atractivo espacio audiovisual latinoamericano.

"En las aguas del mercado -apunta Eduardo Galeano- la mayoría de los navegantes está condenada al naufragio; pero la deuda externa paga, por cuenta de todos, los pasajes de la minoría que viaja en primera clase". En un mundo cada vez más globalizado, donde 358 personas tienen un capital equivalente al que comparten 2.400 millones de pobres, no es sorprendente que la violencia atraviese las sociedades, y nos rompa el cuerpo y el alma, especialmente en Nuestra América llena de naufragos. En este contexto, los colaboradores de **Medios, sociedad y violencia** nos proponen textos heterogéneos. Para algunos de ellos, los medios -especialmente la TV- son los autores intelectuales de la violencia y constituyen una escuela del crimen (hecho no sorprendente si consideramos que E.U., país con una de las más altas tasas de criminalidad en el mundo, es uno de los mayores exportadores y expositores, gracias a la complicidad impune de sus aliados nacionales, de los contenidos violentos en los medios). Para otros, y complementario al enfoque anterior, los medios ejercen una violencia sutil, pero no menos deletérea, a través de la *Crónica Roja* donde la intimidad y la honorabilidad está reservada a los sectores con poder económico, en tanto que la de los sectores "peligrosos" se convierte en una "intimidación de masas". Pero, también hay aquellos que consideran un reduccionismo el relacionar la violencia real con la televisada y que, en buena medida, los medios lo que hacen es reflejar, no provocar, la agresividad humana generada por las condiciones de vida, materiales y espirituales, de la sociedad. El lector encontrará en estos textos elementos que, aunados a su experiencia cotidiana, le permitirán sacar conclusiones que le susciten y fortalezcan, eso esperamos, actitudes críticas para enfrentar los medios.

En la radio y televisión brasileñas, *BBC* de Londres, *Radio Nederland* de Holanda, CIESPAL y otras entidades de América y Europa; los casi 50 años de actividad profesional de Walter Ouro Alves dejaron una obra inolvidable. Por eso y por todo lo que significó su aporte honesto y enriquecedor para la comunicación democrática, quienes hacemos *Chasqui* queremos rendirle tributo al dedicar esta edición a su memoria viva.

RADIOAPASIONADOS Y TELEVISIONARIOS

La avasallante "aldea global", tecnologizada y concentradora que vivimos, plantea nuevos y complejos retos para los comunicadores democráticos del espacio audiovisual. El debate amplio sobre el problema es el primer paso para enfrentarlo.



- 4 Festival de Radioapasionados y Televisiónarios
- 6 Declaración de los Radioapasionados y Televisiónarios
- 8 La radio popular y educativa en América Latina
Luis Ramiro Beltrán

- 12 Comunicación ¿para cuál desarrollo?
Antonio Pasquali
- 16 La imagen, nuevamente visitada
Carmen González Mont
- 20 Aportes a la radiopasión
Ernesto Lamas
- 23 Buenas ondas de la sociedad civil
José Ignacio López V.
- 27 FM a bajo costo
Ricardo Quiñones
- 31 La radio en el ciberespacio
Ricardo Horvath
- 35 Video, TV y democratización
Martha Rodríguez
- 38 De la oralidad a la telenovela
José Rojas Bez
- 42 Walter Ouro Alves

MEDIOS, SOCIEDAD Y VIOLENCIA

En el caldo de cultivo de sociedades cada vez más injustas, la violencia nos atraviesa literal y metafóricamente. En este contexto, los medios, especialmente la TV, tienen una relación directa y una responsabilidad inexcusable. Veamos algunos enfoques que, esperamos, contribuyan a una percepción crítica.

- 43 Violencia urbana, nuevos escenarios
Fernando Carrión
- 47 La TV acusada de asesinato
Jorge Enrique Adoum
- 51 Violencia y TV infantil
Valerio Fuenzalida
- 55 La escuela del crimen
Eduardo Galeano



- 57 ¿Los medios provocan o reflejan la violencia?
Cecilia Peñaherrera
- 60 Las trampas de la desgracia
Alexander Jiménez
- 64 Los juegos de la crónica roja
Kintto Lucas

ENSAYOS

Ensayos, intentos, aproximaciones a diferentes temas ofrecemos en esta sección para suscitar la reflexión y el debate.



- 65 Michael Jackson, antes del caos
Juan Luciano Nieves
- 68 Comunicación y subjetividad
Enrique Guinsberg

- 71 Crisis global, valores y fin de siglo
Javier Esteinou Madrid
- 75 La vigencia de José Martí
Alejandro Querejeta

NUEVAS TECNOLOGIAS



- 79 ¿Superautopista informativa?
Carlos Eduardo Colina
- 82 La elaboración de las inforrutas nacionales
Pierre C. Bélanger, Réjean Lafrance

- 87 Cuba y la era de la informática (Entrevista)
Julio García Luis
- 90 En el Internet
- 91 IDIOMA Y ESTILO
El Diccionario entre el fetichismo y el prejuicio
Hernán Rodríguez Castelo
- 95 ACTIVIDADES DE CIESPAL
- 98 RESEÑAS



NUESTRA PORTADA

El transeúnte. Acrílico sobre lona, 2.80 x 3.00, de MARCELO AGUIRRE. Premio Marco, Museo de Arte de Monterrey, México

El autor es ecuatoriano y su obra ha sido expuesta a nivel nacional e internacional.

DISEÑO PORTADA Y
CONTRAPORTADA

ARTURO CASTAÑEDA V.



NUESTRO NUEVO
E-MAIL

CIESPAL:
ciespal@ciespal.org.ec

CHASQUI:
chasqui@ciespal.org.ec

El Diccionario entre el fetichismo y el prejuicio



En español tenemos -para bien o para mal: acaso estas líneas ayuden al comunicador a decidirlo- el Diccionario. Así, con el determinativo y la mayúscula, que lo dan por único en su clase. "No está en el Diccionario", se dice y es por cualquiera entendido, no importan las connotaciones puestas en juego.

J. N. Gómez, Colombia

En nuestra lengua, la empresa de tener un diccionario autorizado fue un tanto tardía con respecto al francés -en ese siglo XVIII España lo medía todo con el metro galo-. Fundada la Academia Francesa en 1629, tuvo como su mayor empeño compilar un diccionario, y acabó por publicarlo en 1694. Enmendado y enriquecido, lo reeditó en 1718. Y

HERNAN RODRIGUEZ CASTELO, ecuatoriano. Escritor y periodista, miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

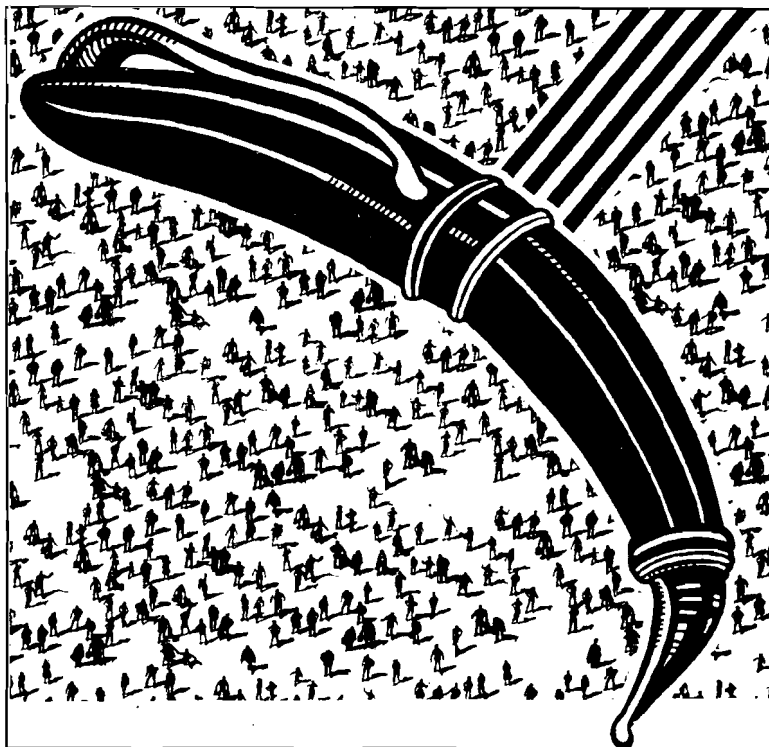
en este tramo el francés conoció otras importantes tareas semejantes, desde el *Diccionario francés-latino* del abate Dagnet (1675) hasta el universal francés-latino, magna obra de los jesuitas del Colegio de Trevous (1721).

Un poco de historia

La Academia Española comenzó en junio de 1713 por unas primeras conversaciones, bastante informales, en la Posada del Marqués. Y ya en ellas hubo acuerdo en que la primera y principal ocupación debía ser un diccionario, "al

ejemplo -decían- de las dos celebradísimas academias de París y Florencia".

En español apenas había un precedente: el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, compuesto por Sebastián de Cobarruvias Orozco, capellán de Felipe III. Ese sería un rico y sabroso, aunque a veces elemental y casi ingenuo punto de partida. Se ufanan aquellos primeros "académicos" de que Cobarruvias fue el autor de este tipo de recopilaciones léxicas más antiguo en "la República literaria", a la vez que reconocían: "Hemos vivido con la gloria



Capitular No. 85

de ser los primeros, y con el sonrojo de no ser los mejores". Así que se puso manos a la obra: se repartieron las combinaciones AB, AC, AD y otras entre los presentes. Cada uno trabajaría según su método, y luego se conferirían métodos y resultados.

Lo que más movió al Rey a erigir bajo su patrocinio la Academia Española de la Lengua fue que se trabajaría "en un diccionario exacto y puntual de la lengua española". Pero el monarca, antes de aprobar corporación y tareas, pedía reglamentos. A tal pedido debemos lo que aquellos primeros académicos llamaron "planta": un conjunto de criterios "para que gobernados por ella (la 'planta', claro) fuese más uniforme el trabajo".

Allí damos con huellas de primeras discusiones en materias que hasta hoy se discuten. Por ejemplo, cuando se proponía "Distinguir los Adverbios de la Lengua de las otras partes de la oración, y corregir si algún abuso se hallare del vulgo en ellos". Están en este par de líneas vivos dos problemas que se le plantearían siempre al Diccionario: el de la gramática y el del uso o abuso popular.

Otro principio de la "planta" aquella era este -que daría en qué pensar a las

Academias hasta ahora: "Desterrar las Voces nuevas inventadas sin prudente elección, y restituir las antiguas, con su propiedad, hermosura, y sonido mejor que las subrogadas ... calificando de barbarismo dichas Voces Nuevas".

La Academia recibió el espaldarazo regio en octubre de 1714, y para 1723 se habían trabajado, por varios académicos, sendas letras del Diccionario. Y, como la vejez ha sido siempre -con excepciones (no seré modesto: fui una de ellas.)- achaque de académicos y o se morían o temían morir de un día para otro, se sintió la urgencia de imprimir un primer tomo. El Rey socorrió las penurias de aquellos esforzados intelectuales que lo habían hecho todo por pura devoción a la lengua y dotó a la empresa con un fondo y con un impuesto de dos maravedís a cada libra de tabaco del reino.

Ese tomo I, que contiene las letras A y B, apareció en Madrid, en la imprenta del propio impresor de la Academia, en 1726. La obra se completó así: t. II, con la C, 1729 (incluía la CH); t. III, D, E y F, 1732; t. IV, G a N, 1734; t. V, O a R, 1737; y t. VI, S a Z, en 1739. (Cualquier hijo de vecino puede tener esos tomos, en edición facsímil hecha por Gredos).

Es ese el primer *Diccionario de la Real Academia* -o primera edición-, lla-

mado generalmente *Diccionario de Autoridades*, por apoyar definiciones y usos de las palabras en autores de reconocida competencia idiomática. La Academia Francesa, decían aquellos primeros académicos, "califica la voz sin autorizarla", y eso les parecía "magisterio" del que profesaban huir. Ellos darían "la sentencia", pero fundándola, para que el lector viese la razón que les asistía. Ello supuso la lectura de decenas y decenas de autores en prosa y verso, incluidos los que escribieron sobre las cosas de América, como López de Gómara, Joseph de Acosta, Fernández de Oviedo o el Inca Garcilaso.

De esta historia se sigue

De esta historia -con tintas lo mismo pintorescas que ejemplares- cabe deducir algunas conclusiones.

Ese Diccionario -y es hora ya de que le adjudiquemos la mayúscula- no fue empresa ni particular ni individual. El Imperio -del cual, conviene recordarlo, éramos provincia- sentía la necesidad de un tal instrumento de unidad y comunicación eficaz -a la vez que de esplendor: en esto insistía mucho el monarca de un reino que los espíritus más lúcidos sentían entrar lenta pero inexorablemente en ocaso-. Y tal instrumento no fue encomendado a algún estudioso -como había sido el caso del diccionario académico francés, trabajado primero por Vaugelas y después por Mezeray-, sino a un cuerpo en que cabía suponer representada la ciencia filológica y la cultura del reino. Por todo esto, aun sin arrogarse autoridad alguna, este Diccionario nació con una autoridad que nunca perdería.

Al otro lado del puente de más de dos siglos y medio seguimos con un Diccionario hecho, no por una persona o pequeño equipo movido de propia y libre iniciativa o al servicio de algún editor en procura de su negocio, sino por un cuerpo colegiado representativo y autorizado. Solo que ahora ese cuerpo no es la Academia borbónica, sino el enorme conjunto de Academias de todos los países de habla española -y hay ya una Academia Norteamericana-. Decenas, cientos de académicos vigilamos la gran empresa común y aportamos a ella. Que una palabra esté o falte en cualquier otro diccionario español es cosa que a mí -y pienso que a muchos otros académicos-

me tiene sin cuidado. Cada cual es libre de hacer un libro como quiera, y si los que lo compran lo aceptan, allá ellos.

Purismo vs. quemeimportismo

Entonces a este Diccionario -que es empresa común de la lengua y como a tal se lo reconoce- se le plantean con gravedad y urgencia cuestiones que a otros puede o no plantearseles, sin que hayan lugar parecidas urgencia o gravedad.

La primera es la que vimos que se insinuaba ya con nitidez en la "planta" aquella de los primeros académicos, y que puede resumirse en la antinomia purismo vs quemeimportismo.

La lengua es un organismo con inagotable poder de engullir y asimilar cuanto necesita. Cuando en su seno no halla o poderes o medios para crear aquello necesario, lo toma de donde esté hecho. Tratar de oponerse a este proceso es esa actitud antinatural llamada **purismo**. Miro con pena -y hasta, acaso, con algo de admiración- a los pocos puristas que entre nosotros quedan, porque cada nueva edición del Diccionario constituye un conjunto, cada vez más aplastante, de desautorizaciones.

Rechazaban los puristas **élite**, como galicismo, y la edición XX del Diccionario (cuya sigla universal es DRAE: Diccionario de la Real Academia Española, por más que, como se ha dicho, sea ahora de todas las Academias) -1984- la admitió (aunque con pronunciación grave, siendo, al menos en América, corriente la esdrújula: **élite**).

El *Diccionario de incorrecciones* de Santamaría (ya muerto), Cuartas, Mangada y Martínez de Sousa mantiene, hasta en su última edición, la de 1989, **en diferido** en su columna de "incorrecciones". Pero el DRAE, en su última edición, XXI, de 1992, incluye la frase -aunque maldita la falta que hacía, puesto que con "en" se dice modo ("en serio", "en secreto", etc.): "En radio y televisión, dicese del programa que se emite con posterioridad a su grabación". Igual cosa le acontece a ese elenco de "incorrecciones" con **en función**. Tiénelo por incorrecto; pero el DRAE (ed. XXI) lo incluye en el léxico consagrado: "Dependiendo de, de acuerdo con".

Y se las veían y deseaban, no solo puristas, sino hasta los simplemente cui-

dadosos del buen uso de la lengua, para reemplazar el inglés *standard*. El traductor de la *Sintaxis Hispanoamericana* de Charles E. Kany, por ejemplo, confesaba en nota a la Introducción: "El autor de la presente obra hace uso frecuente del término *standard* aplicado al castellano que se habla en España como español tipo, sancionado y consagrado por el uso. En esta traducción, diversas expresiones tratan de transmitir el contenido de aquella palabra. He aquí las más comunes: español tipo, peninsular, consagrado, normal, castizo, culto. A veces, cuando el texto lo permite, eliminamos su traducción". Pero el DRAE admite **estándar** en su ed. XX, y en la XXI enriquece la palabra en sus significados, en sus usos como adjetivo y sustantivo.

Y **enfaticar** entra en el DRAE (ed. XX), no obstante la cerrada oposición del purismo, al que le enfermaba la vecindad del verbo con el *to emphasize* inglés. Y resultaba lo más normal que, teniendo en español **énfasis** -de respetable antigüedad- se usase **enfaticar**.

Y esta apertura de la Academia -de las Academias- tiene ya sus años. Rafael Lapesa informaba al IV Congreso de Academias (1964) que la nueva edición del Diccionario común -la XIX, que estaba ya imprimiéndose, aunque solo aparecería en 1970- daría entrada a muchos neologismos. "Ha terminado -decía- la prolongada resistencia con que tropezaron **control, avalancha, dictaminar, presupuestar o autobús**, rechazados antes por su origen francés o por su formación defectuosa" (*Actas y labores*, 230). Informaba asimismo que de la copiosa lista remitida por la Academia Colombiana -66 palabras o locuciones-, se halló que casi todas eran de uso frecuente en España, y la mayoría estaban ya aprobadas por la Academia Española. Así, **aislante, anonimato, apátrida,**

cineasta, corno, decepcionar, detectar, devaluar, devaluación, educacional, efeméride, etc. Y concluía el ilustre estudioso del español que la falta de uso peninsular no había sido obstáculo para que se admitiesen **acápite y linotipo, copartidario y huelga de hambre**.

Y recuerdo que, en momentos en que el purismo rechazaba el **implementar** porque clamaban los burócratas y tecnócratas y más fauna de servidores o manipuladores del poder, Alonso Zamora Vicente, por entonces secretario de la Academia Española, me dijo en Madrid: "¡Coño, si todo el mundo lo usa, y tenemos **implemento!**"

Todo esto por el un extremo de la antinomia: contra el purismo. Pero, por el otro lado, la condición misma del Diccionario -de oficial, selectivo, autorizado y reconocido por la inmensa mayoría de los usuarios conscientes de la lengua española- exige criba seria y técnica para la admisión de palabras nuevas.

Porque no es cosa de que, porque algún comentarista deportivo zafio, con cero lecturas a su haber y casi el mismo caudal de reflexión, se da a usar una palabra inglesa chapurreada, porque, claro, tampoco domina el inglés-, en la más perfecta ignorancia de todos los modos como aquello puede decirse en su propia lengua, deba dársele lugar en el DRAE. Sin encogimientos puristas, el trabajo léxico que fructifica en entradas en el DRAE ha de ser -y lo es- serio, técnico.

Para no salir de la "e", es ilustrativo lo acontecido con la frase **en orden a**. El Quinto Congreso de Academias (Quito, 1972) conoció una ponencia de la Academia Panameña acerca de **a objeto y en orden a**, y aprobó una recomendación para cada una de estas frases. De la que nos ocupa dijo: "Se recomienda asimismo que se evite el uso vicioso de formas como **en orden a** y se señalaron como reemplazos adecuados **con el objeto de, a fin de**" (*Memoria*, 636).

Debe haber habido nuevas discusiones en torno a este **en orden a** -vil plagio del inglés *in order to*, porque el DRAE incluyó en su ed. XX la frase. Pero, ¡jojo!, en otro sentido, al menos para los americanos rarísimo: **Tocante a, respecto a**. Así que el DRAE sale bien librado de la primera antinomia: ni purismo ni quemeimportismo.

Y con un criterio que ya no es el de una imposible "pureza" -esa manía de "casticistas o españolados que creen en lo cabal del idioma y en la impiedad o inutilidad de su refacción", que decía Borges en *El idioma de los argentinos*. La lucha por la "pureza" -sentó con su gran peso Dámaso Alonso en el II Congreso de Academias- pudo ser el santo y seña del siglo XIX; hoy ya no puede serlo. Nuestra lucha tiene que ser para impedir la fragmentación de la lengua española (*Actas*. 48).

¿Y otras antinomias? Las hay, por supuesto. Pero, ante la tiranía del "número de caracteres", se quedaron para otro día... (Otra es, por nombrar una importantísima, español de España vs. español de América).

Entre el fetiche y el prejuicio

La naturaleza misma del DRAE y estos modos de navegar entre los escollos de purismo y quemeimportismo -y otros- lo convierten en objeto de posturas también extremosas, que van del fetichismo al prejuicio.

El fetichismo es como todo en achaques de fetiches, cosa de magia: hay

quienes hasta hoy rechazan una palabra como impura, bastarda, antinatural y más porque "no está en el Diccionario". Les importan muy poco uso extenso, morfología exacta, vínculos hallados con viejas raíces, analogía con otros usos ...¡Nada! "No está en el Diccionario". La fórmula pesa ciega y absoluta como las prohibiciones del tabú. Pero resulta que, en la siguiente edición del Diccionario -que pudiera ser que circulase ya en España-, está ya la palabra. Pasa entonces del negro de lo vedado al blanco de lo consagrado. ¡Sigue la magia! Y a veces puede ocurrir que el DRAE se haya equivocado y acaso algunas academias preparan ya informes de disconformidad, que la Academia Española -que es la editora del libro y tiene los archivos y ficheros- discutirá y, de ser el caso, aceptará.

El prejuicio es no menos ciego e irracional que el fetichismo. Los prejuiciados, faltos de información -ignorantes hasta de cosas tan elementales-, rechazan que se confiera a un libro tamaña autoridad. (Suelen tener ante los ojos a los fetichistas). Celosos de que nadie les imponga nada en algo que tienen como

tan propio y libre como su lengua -mejor, su habla-, niegan, sin discutir siquiera ni posibilidad ni límites, que haya un libro que se arroge autoridad para decir lo que es y lo que no es español. Como la prueba mayor de su independencia -y de su desprecio por el libro abusivo- manejan otro diccionario.

Pero puede resultar que el tal diccionario ponga, sin más ni más, una palabra, o dé a otra el sentido que se le ocurra. Y entonces, para mala suerte del libérrimo caballero, a nadie puede vencer del uso aquel. Porque su libro de consulta no tiene más autoridad que la que pudiera tener uno que él mismo hiciese...

Y bien pudiera suceder -de hecho ha sucedido y no raras veces- que haya algún académico que de la lectura de alguna obra del rebelde aquel esté sacando papeletas que enviará a la Academia Española y ella someterá a consulta de las otras academias americanas, y un día el repertorio común -el trabajado y cuidado por tantos estudiosos en todo el mundo de la lengua- tendrá esa palabra porque el escritor la extrajo de buenas canteras y la trató con buen instinto idiomático.

¿Y el periodista?

¿Y el periodista? pues para periodistas se ha escrito esto. El, como nadie, debe moverse, libre y consciente, entre fetiche y prejuicio. Nadie como él debe enfrentar vaivenes y asaltos léxicos y sintácticos, porque su quehacer lo pone en la línea de fuego: allí donde se arrebatan o pierden tierras fronterizas.

Nadie como el periodista puede sentir tan a lo vivo lo útil que un libro como el DRAE puede resultar, precisamente por su fundada y reconocida autoridad. Pero debe tener también conciencia de su papel en el negocio que termina en las páginas del Diccionario: él es un mediador entre el uso de la lengua por todos esos públicos de los que viene -con su botín de información- y los usos, actuales o futuros, de los públicos a los que va -con su mensaje-.

El periodista será parte para usos que, lejos de ser curiosidades particulares casi jergales son síntomas o pruebas de la apertura del español a los anchos horizontes de un mundo cada vez más pequeño, reciban su consagración en el repertorio oficial. ●



Capellera No. 85